

Querida Sally

Miriam Escribano



Capítulo 1

La vieja de los cabellos de oro.

De manos frías y ensortijadas.

Un cuerpo sin límites,

ahora, sostenido por alambres.

Pusilánime.

Mientras teje,

sus ojos se enredan en ovillos que le recuerdan

esa forma circular,

la de la bola de luces,

bajo la cual su esqueleto se partía

al ritmo de su mentón.

Droga y libertad.

Mismo significado,

se agolpan como recuerdos adheridos

a su memoria mientras ahora,

teje.

Teje por tejer.

Convencionalismos de su edad nada sensuales

para ella.

La mujer del cuerpo infinito.

Vívido.

Hoy tan desgastado, como vivido.

La llamaban Sally,

porque nunca quiso recordar su nombre de pila.

Guardiana de la noche,

solo ella podía brillar en la oscuridad del alterne.

Único lugar donde la Luna

no podía entrar.

Observa inmóvil el mismo reloj

que le regaló sus minutos de gloria.

Ahora, sin tic tac,

casi, como ella.

El tiempo ya no apremia a aquellos que lo exprimieron,

como Sally,

que ahora se pregunta dónde está

el tiempo que le queda.

Sally busca su identidad

en fotografías.

Ya no recuerda quién es.

Pero ese color blanco y negro

le aleja demasiado

de sí misma.

Sally nunca tuvo una vida monocromática.

Ni fácil.

Nunca nadie supo el color de sus ojos,
dilatados.

Ha cambiado sus canciones,
por su silencio y, sus dientes,
cada noche,
duermen en un vaso de cristal.

Como cada noche,
antes de dormir,
trata de no romperse,
y rompe a llorar,
reafirmandose a sí misma que,
envejecer,
fue tu única salida,
querida Sally.